

didó. ¿Tendría aquella agua 40.000 francos de coste? (1).

En cuanto á las medallas y á las otras fruslerías, la venta está confesada. Entre *El Patriota*, periódico de Lyon, y un canónigo de Grenoble se entabló un curioso debate sobre el aspecto rentístico del negocio de la Saletta; y no pudiendo el canónigo negar la venta, respondió á los ataques de su adversario con un gran golpe oratorio; hay que advertir que el canónigo era profesor de elocuencia en el seminario: "¿Se había de dar todo eso de balde? Bien lo hubiéramos querido para responder al fervor de los fieles, y como desearíamos hacerlo con todas las cosas religiosas; pero después de todo, *los comerciantes las venden*, y los sacerdotes no pueden pagarlas por todo el mundo, como comprenderá *El Patriota*." ¡Imprudente profesor de elocuencia! Hé aquí la réplica terrible que le dió el periodista de Lyon: "¡Ah! *los comerciantes las venden!*... ¿Y si entre esos comerciantes se encontrasen clérigos? ¿Y si directamente ó por segunda persona esos clérigos estuviesen matriculados como comerciantes de objetos de piedad? ¿Qué pensarían entonces los señores del cabildo? ¿Qué pensaría la opinión pública, ante la cual se viene á hacer alarde de un desinterés que lo menos malo que tiene es el estar en contradicción con los hechos de todo el mundo conocidos?... Se nos contesta con un aire de devota compunción: *¿Ha de darse de balde todo eso?* No, señores capitulares, no había que dar todo eso de balde; lo que había que hacer era no darlo, porque no está permitido al sacerdote favorecer ni aun gratuitamente la propagación de ideas supersticiosas que embrutece la inteligencia de las poblaciones, á las que tienen el deber de instruir y de civilizar," (2).

La explotación pecuniaria es el menor mal que á la religión hace la Saletta. La historia de la codicia clerical es antigua; ya se ha observado muchísimas veces que en todo lo que hace al clero hay una cuestión financiera; pero la Saletta tiene esta ventaja, que se sorprende á los avaros comerciantes en flagrante delito. Hemos dicho que hay en ello un mal mucho mayor, ó si de otro lado se mira, un beneficio providencial; ya lo lamentan los sinceros creyentes. Oigamos al abate Deleon, que

(1) *La Salette devant le pape*, p. 193, nota.
(2) *La Salette devant le pape*, p. 185-196.

ha tenido el valor de decir alta y públicamente lo que muchísimos católicos piensan sollozando. "La Saletta es un error, y, por lo tanto, una superstición evidente; sin embargo, el obispo de Grenoble la autoriza, y nosotros añadiremos, el papa la colma de favores espirituales. ¿Qué se sigue de todo eso? dicen los racionalistas. Que todo el catolicismo no es más que superstición," (1). Los protestantes cantan victoria (2). Roma, dicen ellos, ha engañado y dominado durante mucho tiempo al mundo; ella invocaba su tradición para demostrar á cada paso la intervención milagrosa de Dios en favor de su esposa. La Saletta nos ha enseñado cómo se fabrican los milagros; nada más natural que ese sobrenatural; son las malas pasiones del hombre las que en ello dominan; de una parte los incautos y de otra los perversos, los cuales dicen que aquellos están hechos para ser engañados, y se arreglan de modo que la simpleza dure siempre. Bajo ese punto de vista, la Saletta es una excelente especulación; la simpleza humana, cultivada por la Iglesia, ha engendrado el más tonto de los milagros, y la santa necedad engendra una nueva generación de simples. Pero la medalla tiene su reverso. A menos de ser ateo, hay que creer que las tinieblas del error desaparecerán ante la luz de la verdad. Hay, pues, que felicitarse de que la superstición se encargue de destruir por sí misma su imperio. En vano cantará victoria, su triunfo es su ruina. Gracias, pues, á los fabricantes de milagros; ellos apresuran el momento en que el espíritu humano ha de romper sus cadenas.

§ IV.—Las grandes reliquias ó la explotación en grande de la necedad humana.

N.º 1.—La santa túnica de Tréveris.

I

El padre Lacordaire escribe desde Tolosa á madama Swetchine: "Todos los miércoles voy á decir misa á la tumba de Santo Tomás de Aquino por la intención de nuestra orden. *Uno de mis primeros cuidados será restablecer el culto de las grandes reliquias*. Ya desde 1852 hay una novena en

(1) *La Salette devant le pape*, p. 24.
(2) *Edinburgh review*, Julio, 1857, p. 9.

honor suyo por el mes de Julio, y se ha colocado la cabeza en un reclinatorio más digno de él; pero esto no era más que una preparación: el 7 de Marzo es la fiesta de Santo Tomás de Aquino, y en ese día es cuando otras veces los cabildos y la universidad de Tolosa acudían con gran pompa á venerar su tumba; ese es, pues, el día que hemos de procurar solemnizar, y yo espero que encontraremos en todo el mundo, clero, pueblo y administración, el concurso necesario al efecto," (1).

Hé aquí otro de los caracteres de la reacción católica. ¿Es acaso que el culto de las reliquias, grandes ó pequeñas, que tanto fomenta, tiene su principio en la religión? Cuando se examinan las primeras fuentes, no se descubren más que piadosos fraudes, alteración de la historia, ignorancia é idolatría. ¡Singular medio de desarrollar el sentimiento religioso! Añadid á eso la explotación de la necedad humana en favor de la dominación del clero. Por todas partes el mismo espectáculo. En Roma se fabrica un dogma apoyándose en falsificaciones, y se eleva la superstición á la altura de una verdad revelada, viniendo á ser una condición de salud la más necia creencia que jamás se inventó. La Francia rivaliza con Roma; y en la patria de Voltaire se fabrica el milagro más simple que jamás se ha imaginado, uniéndose para ello la locura á la superchería. También la Alemania tiene su parte en esa obra de necedad, parte que resulta ser la más bella de todas, puesto que posee las *grandes reliquias*: las reliquias de las once mil vírgenes, que son reliquias de soldados paganos y de sus caballos; reliquia de Tréveris, la túnica sin costura de Jesucristo, cosida por el fraude en las tinieblas de la Edad Media. Ya en otra parte hemos contado la historia de las once mil vírgenes (2). Hay que detenernos aquí, en la túnica sin costuras, á fin de tocar con el dedo todo lo que hay de innoble en la reacción que se llama religiosa.

En otro tiempo, cuando se reprochaba una superstición á la Iglesia, esta buena y santa madre se lavaba las manos y respondía: piadosa costumbre, devoción respetable, pero introducida sin mi intervención. Gracias á la reacción católica, ahora se reconoce más fuerte y es más franca. Cuando

Lacordaire, el amigo de Lamennais, habla de restablecer el culto de las *grandes reliquias*, no hay que admirarse de que los obispos se apliquen á ello con fervor. En el año de 1844, el vicario general de Tréveris dirigió una epístola-circular al venerable clero y á todos los fieles de la diócesis, en la cual les anunciaba que el prelado, cediendo á las instancias de sus ovejas, iba á hacer una exhibición de la más preciosa de las reliquias, la túnica sin costura de Nuestro Señor Jesucristo. Comprendemos bien que, para aquellos que creen en la Encarnación, la vista de la túnica que llevaba el Dios-Hombre en el momento de su sacrificio debía ser una fuente de emociones religiosas que reavivase y fortificase la fe. Pero los católicos, incluso el alto clero, no lo entienden así. En todo lo que hace la Iglesia para la salvación de los fieles y siempre que excita la piedad de éstos, hay un cálculo y anda de por medio una cuestión pecuniaria. La vista sólo de la túnica no hubiera conmovido más que á algunas almas piadosas; para llamar á la multitud se necesitaba otro atractivo. Eso se sabe en Roma de larga fecha: allí se conoce á la perfección el arte de engañar á los hombres en provecho del tesoro pontificio. El papa León X, célebre por la venta de indulgencias, prometió en 1514 la remisión de todos los pecados á todos los peregrinos que fuesen á ver la túnica sin costura depositada en la Iglesia catedral de Tréveris. ¿Una indulgencia gratuita? Así era en apariencia: no se vendía, pero el santo padre tuvo cuidado de añadir una condición, la de que los peregrinos diesen una limosna con destino á la terminación de la catedral (1). El soberano pontífice no dice si llevaba su parte en esas liberalidades: ese es asunto de gobierno interior que no concierne á los fieles; pero en la iglesia de Roma, sabido es que toda cuestión de salud se hace cuestión rentística.

La exhibición se hizo el 28 de Junio de 1844. Un testigo ocular nos dice que se verificó con solemnidad y con unción: el obispo abrió todo conmovido la caja que encierra la gran reliquia, y los asistentes que estaban subidos en sillas para ver mejor cayeron de espaldas (2). ¡Una exhibición de

(1) *Geschichte der Gründung der deutsch-katholischen Kirche*, von EDUIN BAUER, deutsch-katholischen Geistlichen, p. 1.
(2) *Geschichte des heiligen Roches unseres Herrn und Heilandes Jesu Christi*, von JOSEPH CASPARI, Gymnasiallehrer, zweite Auflage, 1844, p. 36, 37.

(1) Carta del 27 de Diciembre de 1853 (*Correspondencia del Padre Lacordaire y de madama Swetchine*, p. 532).
(2) Véase mi *Estudio sobre la Reforma*.

una falsa reliquia en la patria de Lutero después de un siglo de filosofía! Era un reto á la razón; pero se especulaba con la ignorancia cultivada con esmero después de la reacción de 1814. Para preparar el asunto lanzó el clero hojas volantes, dirigidas unas al pueblo, otras á los hombres de letras; en estas últimas confiesan los defensores de la santa túnica que la preciosa reliquia no es cuestión de fe (1). De suerte que se puede uno salvar no creyendo en aquélla; pero se salvará mejor creyendo y yendo en peregrinación á Tréveris, toda vez que se goza entonces de la indulgencia plenaria que el papa ha prometido á los fieles. Los defensores de la gran reliquia confiesan además que las pruebas no dan una certidumbre completa de su autenticidad, y hasta hubo un obispo que hizo esa confesión, y por eso tuvo buen cuidado de no exhibir su dudosa reliquia á la veneración de la cristiandad (2). Pero monseñor Arnoldi fué menos escrupuloso; y en la historia de la santa túnica, publicada por un profesor del seminario episcopal, se dice que lo que falte para una demostración completa será suplido por la fe (3). De este modo, al invocar las pruebas históricas, se apela á la credulidad, es decir, á la simpleza.

¡Ah! la religión se va desde que la ciencia aparece, por exigua que ésta sea. En otro tiempo se creía, con la tradición popular, que la túnica milagrosa había crecido con el niño Jesús; así se lee en el antiguo breviario del clero de Tréveris (4). El defensor oficial de la reliquia, aun cuando profesor del seminario, ya no tiene esa robusta fe, y no cree en el milagro de una túnica que va creciendo con el niño Jesús (5). Pero cuando se habla al pueblo se dejan á un lado esos miramientos; entonces todo se hace cierto; y ya no es una simple reliquia de Jesucristo, son las entrañas de la divinidad encarnada las que tuvo el privilegio de cubrir esa dichosa túnica; y la túnica acaba por confundirse con Dios (6). Entraremos en algunos detalles,

(1) *Der heilige Rock zu Trier und die zwanzig andern heiligen ungenachten Rocks*, von GILDENMEISTER und SYBEL, pag. VII. Dritte Auflage (1845).

(2) *Geschichte des heiligen Rocks von dem hochseligen Bischofe von Trier*, JOSEPH VON HOMMER, p. 2, 34.

(3) *Geschichte des heiligen Rockes*, von MARX, *Professor am bischöflichen Seminar*, p. 7.

(4) *Tu membra Christi contigens, Crescis simul cum corpore.*

(5) GILDENMEISTER und SYBEL, *der heilige Rock*, p. XII.

(6) Véanse las pruebas en GILDENMEISTER et SYBEL, p. XV et XVI.

porque es en los detalles donde se ve la exquisita simpleza de la superstición.

Por de pronto, hay que dar por supuesto que el niño Jesús tenía una túnica sin costura que le había hecho su santa Madre. Vosotros no lo creéis; pero escuchad al defensor de la tradición popular: "Los pretendidos espíritus fuertes se sonríen piadosamente. Una túnica que crece con el que la viste... ¡Es posible sostener semejante absurdo! No comprenden cómo puede ser eso, y basta para que no sea. ¡Pobres ciegos! ¡Así es como racionan! Pero ¡qué! ¿acaso saben ellos más que nosotros? ¿Saben ellos cómo crecen los lirios del campo y las violetas del valle? En cuanto á nosotros, piadosos fieles, creemos que la santa túnica es la que su divina Madre ha hecho á su Hijo y que ha crecido con él sin destruirse. Nosotros lo creemos, porque la abnegación de no tener más que un solo vestido, y siempre el mismo, era digna de un Dios humillado y reducido voluntariamente á la mayor pobreza. Nosotros lo creemos, porque un hijo tan tierno y tan cariñoso como el Señor Jesús, debía guardar preciosamente la túnica que le había hecho su muy santa Madre," (1).

De este modo el profesor del seminario de Tréveris es un *pobre ciego*, porque abre los ojos para ver; en cuanto á los que tienen ojos para no ver, esos son los perspicaces; tienen la luz de la fe, y se concibe que vean cosas que nosotros, *pobres ciegos*, no vemos. Nosotros vemos los lirios y las violetas crecer, y creemos en ese crecimiento; ellos no ven, nadie ha visto, nadie dice que haya visto crecer la túnica del niño Jesús, y por eso mismo lo creen. Nosotros leemos en el Evangelio que la Santa Virgen era una mujer ordinaria, vana, como dicen los Santos Padres; nosotros, pobres ciegos, creemos eso. Pero con la fe se lee en el Evangelio lo contrario de lo que allí se dice. Esto es lo que se llama tener perspicacia: esto es ver tan claro, que se ve lo que no hay.

Pues esa túnica sin costura que hizo María para el niño Jesús, y que fué agrandando con él, es la preciosa reliquia de Tréveris. No hay la menor duda; la tradición refiere que Santa Elena, madre de Constantino, hizo una expedición á Jerusalén á la edad de setenta y nueve años; allí procuró indagar el paradero de los instrumentos de la pasión

(1) GUERIN, *la Sainte Tunique d'Argenteuil*.

de Nuestro Señor, y tuvo la dicha de descubrirlo todo. Cuando descubrió la cruz, ¿puede ponerse en duda que descubriese la túnica? Esa venerable tradición está confirmada por la piedad de los fieles. ¿Se concebiría la devoción de los peregrinos que acudieron á Tréveris en 1844, si la preciosa reliquia no fuese la túnica del Dios-Hombre? ¿Os parece demasiado reciente para una reliquia del primer siglo un testimonio del siglo XIX? Pues hé aquí otro que es contemporáneo y que es la base de la tradición cuyo fundamento es inquebrantable. En efecto, tenemos la carta de Pilatos á Tiberio, carta tan auténtica como la túnica sin costura, y después sabemos de una manera indudable la gran veneración en que Tiberio tiene á Jesucristo. Luego es cierto que su túnica no debió quedar entre las manos de los soldados romanos que le crucificaron. Luego esa túnica se encuentra en la catedral de Tréveris (1).

II

¿Tenía Jesucristo una túnica sin costura? En el Evangelio de San Juan se lee: "Los soldados, después de haberle crucificado, tomaron su túnica y sus vestidos y se los repartieron; mas la túnica era sin costura, toda tejida desde arriba, y no la partieron entre ellos, sino que la echaron á la suerte para que se cumpliese la Escritura que dice: Partieron entre sí mis vestidos, y sobre mi vestidura echaron suertes," (2). Los sinópticos San Marcos, San Mateo y San Lucas nada dicen de la túnica sin costura; dicen que todos sus vestidos se repartieron echando suertes (3). En otro tiempo, el testimonio de San Juan parecía decisivo, porque, según el Evangelio, asistió á la muerte de su Maestro, mientras que los otros evangelistas escribieron fundados en tradiciones. Pero ahora resulta que el autor del cuarto Evangelio no es el Juan discípulo de Jesús, sobre lo cual no queda duda alguna para la crítica moderna. De este modo, los sinópticos son los testimonios más antiguos, y, por lo tanto, los que merecen más fe. El testimonio del judío ó del griego platónico que ha escrito el cuarto Evangelio

(1) Esas atrocidades se leen en el pequeño libro de CASPARI, cuya segunda edición tenemos á la vista (págs. 3, 4 y 7, y la *Leyenda de Santa Elena*, p. 52, 56).

(2) SAN JUAN, XIX, 23, 24.

(3) SAN MATEO, XXVII, 35.—SAN MARCOS, XV, 24.—SAN LUCAS, XXIII, 34.

no tiene valor alguno histórico; ha inventado la túnica sin costura, convirtiendo un pasaje de los Salmos en una circunstancia de la muerte de Jesucristo. En definitiva, la túnica sin costura es una túnica imaginaria. Hé aquí el fundamento de nuestra tradición, el fundamento científico, entiéndase bien.

Pero supongamos que haya habido una túnica sin costura, ¿qué vino á ser de ella? ¿Cómo ha venido á parar á Tréveris? La ciencia episcopal no tiene más base que la tradición popular. En esto no hay más que la forma que sea un poco menos necia, pero el fondo es todo igual. Santa Elena marchó á Palestina en busca de la reliquia de Nuestro Señor; sin duda participaba del gusto que tiene á las grandes reliquias Lacordaire. La emperatriz tuvo la suerte de descubrir la cruz, y desde aquel momento todos cuantos tenían reliquias se apresuraron á ofrecérselas; por consiguiente, es probable que le presentasen la más preciosa de todas, la túnica sin costura, y es no menos probable que poseyéndola hiciese con ella un donativo á la iglesia de Tréveris, porque es muy probable que la catedral actual fuese el antiguo palacio de Elena (1). Recomendamos todos estos fundamentos á los que se complacen en levantar castillos en el aire. Todas las probabilidades que se invocan son pura fantasía, como las de que están llenas las leyendas de la Edad Media.

Oigamos al erudito profesor del seminario episcopal, y admiremos la ciencia ortodoxa que, como todos saben, disipa y borra la ciencia de los libre-pensadores, así como disipa el sol la pálida luz de la luna. La tradición descansa en el viaje de Santa Elena á la Tierra Santa en busca de reliquias, y nada hay más cierto; Eusebio la atestigua, y Eusebio era obispo de Cesárea, en Palestina; Rufino la atestigua, y habitaba la misma comarca: Teodoro la atestigua, y ejercía en Siria el ministerio episcopal. Hé aquí, pues, testigos hasta cierto punto oculares. Si, testigos á la manera católica, como aquellos que atestiguan la Inmaculada Concepción; es decir, falsos testigos ó testigos en *contra*, de los cuales se ha hecho testigos en *pro*. Eusebio es el más importante, y en su *Crónica* se lee un pasaje explícito en favor de nuestra tradición. Cierito es que el cardenal Baronio y todos los escrito-

(1) MARX, *Geschichte der heiligen Rockes*, p. 16 y siguientes.

res que se respetan rechazan el pasaje como un fraude piadoso; pero ¿qué importa? Precisamente son los fraudes piadosos los que convienen á las piadosas leyendas. De esa manera se llena muy ingeniosamente el vacío que presenta la vida de Constantino. Habla allí Eusebio de la estancia de Elena en Palestina, y no dice una palabra de reliquias, ni palabra de la cruz de Nuestro Señor, y mucho menos aún de la túnica sin costura. Debió ser un olvido, olvido que reparó un complaciente falsificador; y de este modo, Eusebio, que era con su silencio un testigo en contra, vino á ser un testigo en pro.

Dos profesores de la universidad de Bonn han sacado una consecuencia contraria del silencio de Eusebio. El Padre de la Iglesia era muy amante de las reliquias; y si la cruz hubiese sido encontrada por Elena, lo hubiese dicho; no lo dice, luego es indudable que todo lo que se refiere de Elena es una pura fábula. Y si ni fué en busca de reliquias á la Palestina, ni allí las encontró, las pretendidas probabilidades imaginadas por los defensores de la túnica quedan reducidas á puras fantasías. La verdad en todo esto es que la tradición de Elena es una leyenda que comienza á formarse en el siglo V, y que, como todas las leyendas, se ha ido embelleciendo poco á poco. En la Edad Media, esas fábulas se transformaron en historia; pero repetir las en el siglo XIX y apoyarlas en un apócrifo, es dar una triste idea de la ciencia que se enseña en los seminarios. ¿Qué se responde á estos argumentos y á estas acusaciones? No hay más que una respuesta que dar á los dos profesores de Bonn, pero es perentoria: la de que son herejes. ¿Con qué derechos vienen á hablarnos de cosas milagrosas no teniendo fe? Un profesor del seminario ya es otra cosa. Oigámosle, que nos va á explicar el silencio que todos los autores griegos y latinos guardan sobre el punto de la túnica sin costura. Nuestros dos herejes preguntan cómo los escritores que han hecho encontrar á Elena reliquias que nadie encontraba habían de haber guardado silencio respecto á la preciosa reliquia de la túnica de Jesús. Pues nada más sencillo, responde el historiador ortodoxo, Elena ocultó con cuidado esta preciosa reliquia. — ¿Y para qué? — Para permitir en 1844 al profesor del seminario episcopal el que demostrase la traslación de dicha túnica á Tréveris (1).

(1) GILDENMEISTER und SYBEL, *der heilige Rock zu Trier*, páginas 13-21.

Nos queda una dificultad: ¿por qué Santa Elena dió la túnica á la iglesia de Tréveris más bien que á las de Constantinopla ó de Roma? El profesor episcopal da sobre esto las mejores razones del mundo. Por de pronto, parece que la madre de Constantino nació en Tréveris; un benedictino del siglo XI es el primero que extendió esa fe de bautismo, pero desde entonces no hay motivo á dudar: escribiendo cinco siglos después de Elena, debía saber perfectamente todo cuanto á ella se refiere. Además, Elena habitó en Tréveris y edificó allí palacios; un fraile del siglo XII nos lo enseña, que es casi un testigo contemporáneo. A más de que existe el palacio y hace actualmente parte de la catedral: hé aquí un testigo perenne. Cierto es que hay anticuarios impertinentes que lo niegan; pero no los oigáis, son herejes. Creed que todos esos hechos son verídicos, aunque sean imaginarios, y habréis ganado vuestra salvación (1).

Queda, pues, establecido que Santa Elena envió la túnica á Tréveris; pero ¿cuándo y á quién? Sobre este punto todo viene á ser milagroso, pero tanto más cierto; puesto que los milagros vienen de Dios, ¿quién sería osado el recusar su testimonio? Elena murió en 327 y envió la túnica en 330; ¡Absurdo! exclaman los librepensadores. Buen provecho les haga. Por lo que hace á los católicos, creerán con Tertuliano que la cosa es verdadera, por lo mismo que es absurda. Esa admirable máxima lo explica todo. Los dos profesores de Bonn dicen que han leído en San Atanasio, el cual vivió desterrado en Tréveris desde 336 á 338, que no había Iglesia aún en la metrópoli de las Galias. Pero eso ¿qué importa? Precisamente eso confirma la verdad del envío (2). Es absurdo, luego es verdadero; cuanto más absurdo, tanto más cierto. Una sola circunstancia es la que no nos explica la ciencia católica, la de si el envío de la túnica se hizo por diligencia ó por ferrocarril.

Nada hemos dicho todavía del privilegio que el papa Silvestre concedió á la Iglesia de Tréveris en el año 327 ó 330; el año es incierto, pero eso es una bagatela. Leyendo ese diploma, es imposible abrigar dudas respecto á la preciosa túnica. El papa comienza por confirmar la primacía de la Ger-

(1) GILDENMEISTER und SYBEL, *der heilige Rock zu Trier*, página 21.

(2) GILDENMEISTER und SYBEL, *der heilige Rock zu Trier*, páginas 92, 107.

mania y de las Galias que el mismo San Pedro dió á Tréveris. Este es un nuevo prodigio. Los herejes dicen que San Pedro no fué nunca papa, y hasta pretenden que jamás estuvo en Roma. Además, el cristianismo era completamente desconocido en Tréveris y en la Germania: ¿cómo había de otorgar el apóstol un privilegio á una Iglesia que no existía? Hé aquí lo milagroso, y, por consiguiente, lo falso, dicen los herejes; y, por consiguiente, lo verdadero, diremos nosotros. Silvestre continúa y dice que otorga ese privilegio en honor á la emperatriz Elena, nacida en Tréveris. El hecho no es exacto, y este error hace decir á los incrédulos que el diploma de Silvestre es apócrifo. Nosotros respondemos que es una piadosa tradición. Vienen después las reliquias de que Santa Elena hizo donación á Tréveris, su patria: el cuerpo del apóstol San Mateo, la túnica y la uña de Nuestro Señor, un diente de San Pedro, las sandalias de San Andrés y la cabeza del papa Cornelio. Por último, Silvestre lanza la excomunión contra los que atacasen su privilegio (1). Como nosotros no tenemos deseo alguno de ser excomulgados, en lugar de atacarle le defenderemos contra las críticas de los incrédulos.

Una sola cosa nos embaraza: existen muchas versiones del diploma de Silvestre, cada cual con diversa fecha, y la más antigua no dice nada, absolutamente nada de las reliquias que Santa Elena debió dar á Tréveris; ni aun siquiera habla de Santa Elena. Pero el profesor del seminario episcopal ha salido de ese mal paso haciendo caso omiso de las versiones antiguas. Eso le ha valido una reprimenda atroz de parte de los profesores de Bonn, los cuales le acusan de haber cometido una falsificación literaria. Nosotros no tenemos que mezclarlos en ese debate; la cuestión ha sido resuelta por el concilio de Trento, el cual quiere que se respeten las antiguas reliquias que la tradición ha consagrado, como quien dijera: los cabellos blancos son siempre respetables, aunque no lo sea el hombre que los lleva. ¿Qué nos importa, pues, que haya un diploma que no hable de Santa Elena ni de sus reliquias? ¡Respeto á los cabellos blancos de nuestras reliquias, señores protestantes! ¿Qué importa que las reliquias no aparezcan en el diploma

(1) GILDENMEISTER und SYBEL, *der heilige Rock zu Trier*, página 24.

hasta el siglo XI, primero de una manera vaga y general, y después creciendo á cada nueva edición corregida y aumentada, hasta que viene, en fin, la preciosa túnica sin costura? Eso no priva á la referida túnica de sus cabellos blancos, y, por lo tanto, de ser venerable y auténtica, aunque no sea más que á título de piadoso fraude. Pero ¿cuántos de esos fraudes no hay en los archivos de nuestra Santa Iglesia, desde la donación de Constantino y las falsas *decretales* hasta los miles de donaciones fabricadas por los monjes en favor de sus conventos? Hay fraudes de fraudes; el fraude laico que no es piadoso está castigado por el código penal, y nada más justo; pero el fraude clerical es un fraude piadoso, y, por lo tanto, es una virtud. ¿Dónde está el mal en que el defensor oficial de la túnica haya añadido una falsedad literaria para dar valor á la reliquia? Ha traducido en falso, ha fabricado una tradición que no existe en el texto, pero el crimen no es tan grande. Por de pronto, la piedad le excusa todo: y después, ¿no es sabido que todo traductor es un traidor, como dicen los italianos, que son entendidos en la materia? (1).

Ya es tiempo de concluir: los dos profesores de Bonn, á los cuales nos referimos, prueban con documentos en la mano que antes del año 1121 nada se sabía en Tréveris de la túnica de Jesucristo; que fué el arzobispo Bruno el que depositó solemnemente una túnica sobre el altar de San Nicolás, poniéndola la etiqueta de túnica sin costura. ¿De dónde venía aquella túnica? Se ignora; no hay sobre ello prueba de ninguna clase. El que interpoló la reliquia en el diploma de Silvestre fué un monje: una falsificación sobre otra, ó un piadoso fraude sobre otro; tal es el origen de la tradición en que se apoya la autenticidad de nuestra reliquia. Siendo un fraile el que ha fabricado el testimonio, ¿sería faltar al respeto debido á tan religiosos personajes el suponer que han sido también los que fabricaron la túnica? En los conventos había hermanos sastres; de consiguiente... no acabemos el silogismo. ¿Por qué acusar á los frailes y no al obispo? Guibert de Nogent, abad en el siglo IX, cita obispos que fabricaron reliquias sin escrúpulo ninguno. ¿Por qué no debía haber hecho el de Tréveris lo que hacían sus colegas? Aquella

(1) GILDENMEISTER und SYBEL, *der heilige Rock zu Trier*, páginas 26 y siguientes.